

LA POLÍTICA EN DISCUSIÓN

FLACSO - Biblioteca

320
2002

Diseño de tapa: Estudio R

320 Fazio, Horacio
 FAZ La política en discusión / Horacio Fazio y Carlos
 Alvarez.- 1ª. ed. - Buenos Aires : Manantial, 2002
 352 p. ; 23x16 cm.

ISBN 987-500-072-8

I. Alvarez, Carlos II. Título - 1. Política

REG. 15998
 CINT. 15998
 BIBLIOTECA - FLACSO

BIBLIOTECA - FLACSO - EC
 Fecha: 18 agosto 2006
 Cantidad: \$ 13.51
 Proveedor: Servicios Libros
 Canje:
 Donación:

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en la Argentina

© 2002, FLACSO / Proyecto Cambio Político

ISBN: 987-500-072-8

Derechos reservados
Prohibida su reproducción total o parcial

Avda. de Mayo 1365, 6º piso,
(1085) Buenos Aires, Argentina
Telefax: (54 11) 4383-7350/4383-6059
E-mail: info@emanantial.com.ar
www.emanantial.com.ar

HORACIO FAZIO
(Coordinador)

FLACSO - Biblioteca

LA POLÍTICA EN DISCUSIÓN

GERARDO ADROGUÉ
CARLOS "CHACHO" ÁLVAREZ
ALCIRA ARGUMEDO
ATILIO BORÓN
ISIDORO CHERESKY
MARIO DAMILL
JUAN CARLOS DEL BELLO
PEDRO DEL PIEDRO
TORCUATO DI TELLA
MARCELO ESCOLAR
JOSÉ PABLO FEINMANN

ROSENDO FRAGA
RUBÉN LO VUOLO
LUIS MORENO OCAMPO
JUAN CARLOS PORTANTIERO
LUIS ALBERTO QUEVEDO
JESÚS RODRÍGUEZ
CARLOS STRASSER
FEDERICO STURZENEGGER
ABEL VIGLIONE
ENRIQUE ZUJETA PUCEIRO

FLACSO

MANANTIAL

ÍNDICE

Publicación de la Fundación de Estudios Políticos y Sociales, en colaboración con el Observatorio de la Política y la Sociedad, de la Universidad de Buenos Aires.

Expositores	9
Prólogo de Horacio Fazio	13
I. La Alianza: entre la vieja y la nueva política <i>Carlos "Chacho" Álvarez</i>	19
II. Gobierno de la Alianza: una oportunidad perdida <i>Carlos "Chacho" Álvarez</i>	35
III. El marco democrático y sus posibilidades <i>Carlos Strasser</i>	45
IV. Ciudadanía y política <i>Isidoro Cheresky</i>	57
V. La crisis política argentina en el marco de la globalización <i>Juan Carlos Portantiero</i>	79
VI. La reforma política en la Argentina: antecedentes y perspectivas <i>Marcelo Escolar</i>	99
VII. Política y sociedad frente al nuevo escenario mundial <i>Alcira Argumedo</i>	115

VIII. Perspectivas futuras del sistema partidario argentino <i>Torcuato Di Tella</i>	143
IX. En torno al rol del Estado <i>Atilio Borón</i>	167
X. Mesa redonda de economía. Alcances estructurales y límites políticos del modelo económico <i>Mario Damill, Rubén Lo Vuolo, Federico Sturzenegger y Abel Viglione</i>	191
XI. Mesa redonda de opinión pública. La opinión pública entre la ética y la economía <i>Gerardo Adrogué, Rosendo Fraga, Luis Alberto Quevedo y Enrique Zuleta Puceiro</i>	225
XII. Mesa redonda de política. ¿Vieja y nueva política? <i>Juan Carlos Del Bello, Pedro Del Piero y Jesús Rodríguez</i>	257
XIII. ¿Cambio político desde la política? <i>Luis Moreno Ocampo</i>	283
XIV. La desesperanza como creación política <i>José Pablo Feinmann</i>	297
XV. Política y economía en un país decepcionado <i>Carlos "Chacho" Álvarez</i>	323
XVI. Hacia un acuerdo programático desde un espacio transversal <i>Carlos "Chacho" Álvarez</i>	339

XV
POLÍTICA Y ECONOMÍA
EN UN PAÍS DECEPCIONADO

CARLOS "CHACHO" ÁLVAREZ

26 de julio de 2001

Aunque no estén presentes el resto de los expositores de este Seminario, quiero en principio valorar sus aportes, y agradecerles sus ideas y reflexiones. Representan diferentes puntos de vista muy interesantes, en un momento, como señalé en mi primera exposición, muy falto de debates. Se tendrían que encontrar ámbitos adecuados para trabajar más sistemáticamente, con más continuidad y articulando las coincidencias de las visiones alternativas a lo que hoy funciona como lo único o inexorable. Precisamente el conjunto de las exposiciones demuestra que todos tenemos algo que aportar y que ninguno por sí sólo puede sentirse poseedor de toda la verdad. Más allá de los errores que pueden haberse cometido, lo importante pasa a ser hoy cómo se continúa progresando en una opción política y programática que, con otros actores, sea capaz de tomar y aprovechar lo que se ha hecho. El error, creo con humildad, es sentir que alguien individualmente puede encarnar la reconstrucción de una expectativa que está vacante en la sociedad a partir de la experiencia frustrante de la Alianza.

Como nota general, después de leer el conjunto de las exposiciones, creo que podemos tener identificados de manera común los "males" de la época y del llamado modelo, pero no con la misma precisión, la también denominada alternativa. Es decir, coincidencias sobre los problemas y los desafíos, pero al mismo tiempo cierto desierto de propuestas fuertes, viables, concretas para salir de la encrucijada en que está nuestro país. Esto es lo que he observado en el conjunto de las exposiciones a lo largo de estos cuatro meses, incluido por supuesto las mías, a las que veo funcionar más como balance de un período y el ejercicio de la autocrítica, que como soluciones definitivas. No existe una correspondencia entre los diagnósticos

que tienden a estigmatizar una época, difícil e incierta, y la viabilidad de lo que se propone como opciones. Tampoco se trata de alcanzar visiones totalizadoras como alternativas, sino ciertos puntos, acciones, iniciativas y propuestas que, desarrolladas y construidas en el tiempo, puedan ir entrelazando otro camino.

Si tuviese que volver a definir desde mi perspectiva el sentido original de la Alianza, hablaría de una política que tendría que haber sido capaz de reequilibrar un nuevo sistema de poder, apto para armonizar las demandas del mercado con las demandas insatisfechas de la mayoría de la sociedad. Por eso, cuando me refiero al fracaso de la Alianza, hago referencia a una perspectiva que mediante sucesivos errores se fue situando casi excluyentemente en el lugar de los mercados, y a partir solamente de recuperar su "confianza", apostar al reencuentro del círculo virtuoso de la economía.

Esto así enunciado en términos genéricos parece simple, pero en verdad es parte del drama que atraviesa nuestro país desde la reconquista de la democracia en 1983. El equilibrio entre democracia y mercado, o para decirlo de otra manera, entre el programa de la comunidad de negocios y los reclamos populares, que siempre se termina distorsionando, licuando la legitimidad social y proyectando un sentido de defraudación respecto a las promesas y proposiciones con las que se arribó al gobierno. Indefectiblemente hasta ahora, todos los gobiernos democráticos con sus más y con sus menos, asumieron con el compromiso de garantizar el crecimiento, la producción, el empleo y una mejor distribución del ingreso, y hasta ahora, todos sin excepción, terminan optando por el ajuste como un fin en sí mismo. Un gobierno y un programa que obvien el mercado no es viable. Pero uno que sólo sea la reproducción de los intereses más concentrados del poder económico termina despilfarrando el consenso popular original.

Es verdad que cuando se accede al gobierno, se posee un margen importante de maniobra como consecuencia de la confianza y del apoyo de la sociedad, pero dura muy poco; por eso, ese apoyo de los primeros tiempos hay que reafirmarlo con decisiones muy claras. El impacto de la votación es muy breve y la agenda del día a día comienza a ser gobernada por otros actores. Algo de esto marcó, desde una visión para mí un tanto discutible de la democracia argentina, Torcuato Di Tella, cuando sostiene que la democracia en su funcionamiento es más corporativa que ciudadana, porque los que inciden en las decisiones del día a día son más los grupos de interés que el ciudadano, relegado a ser espectador o un mero televidente del acontecer político y económico. La voz ciudadana quedaría recluida a ciertas reivindicaciones canalizadas hoy más por los medios de comunicación que por los partidos políticos. Di Tella continúa pensando que para que un gobierno tenga soportes que garanticen su viabilidad, o hay que contar con los sindicatos o tener con el gobierno a ese 10 % de los que mandan, es decir, de los sectores vinculados al *establishment*. En parte es

así, pero yo pienso que hoy el problema es la asimetría de poder que existe entre los hacedores del mercado y la mayoría de la sociedad, lo que en otra época, a la que es imposible volver, llamábamos relaciones de fuerza o relaciones de poder entre fuerzas que planteaban demandas muchas veces antagónicas o tenían visiones encontradas sobre el modelo de país a construir.

Para cambiar esas relaciones de poder se apelaba en otros años a la organización popular, a la construcción de frentes de masas, a la movilización y a la expansión de una conciencia revolucionaria. Resulta muy evidente que hoy apelaciones a la organización de la base de la sociedad pueden sonar simpáticas como discurso para ciertas minorías ideológicas, pero no existen los partidos, los cuadros y los militantes dispuestos a una tarea de largo aliento, que crean que pueda existir una organización popular capaz de modificar las actuales relaciones de poder; ni aún existiendo esa organización hay garantías de poder hacerlo.

De lo que estoy convencido es de la necesidad de avanzar desde una perspectiva democrática a mayores grados de involucramiento de la comunidad, para acompañar o posibilitar la resolución de demandas populares. Quiero decir, que entre el aparatismo de masa de los años setenta y el vacío de representación política y social que existe en la actualidad, hay que dedicarle tiempo a desentrañar formas nuevas de protagonismo popular. Es decir, repolitizar la vida social evitando que la acción política se confunda sólo con la administración de la crisis o la selección y distribución de las candidaturas.

Por eso, yo desprendo de los análisis de Alcira (Argumedo), o de (Atilio) Borón, desde una perspectiva de izquierda, o de lo de Isidoro (Cheresky) o (Juan Carlos) Portantiero, desde una visión más socialdemócrata, que lo que permanece todavía en la incertidumbre es el lugar de la política como recuperación de su capacidad de transformación. Porque hablamos de los intereses del pueblo o de la gente, pero en verdad, la mayoría se siente cada vez más alejada y escéptica respecto de la política y de su vocación de servir al bien común o de ser portadora de un proyecto de sociedad y de Nación.

¿Cómo se resuelve entonces esta doble crisis de legitimidad de la política? Por un lado, los mercados la consideran un estorbo; mera distorsión y puro gasto, y por el otro, una gran parte de la sociedad observa la política con desprecio, como una profesión corporativa, encerrada en un mundo propio y utilizada por los políticos para su propio beneficio. La primera cuestión a resolver, creo que es ésta, porque como ya lo he dicho, descreo de otra economía con la misma política, descreo que se pueda regular eficazmente el capitalismo para que no se "salvajice" con el actual sistema de partidos. Y descreo aún más que se pueda mejorar la distribución del ingreso, cuando los concentradores de la riqueza financian a los partidos y

así condicionan sus decisiones. Por eso, en la agenda debe figurar como una de las prioridades la manera de articular una mayor autonomía de la política con un nuevo modelo de desarrollo, y por supuesto otro funcionamiento del Estado.

¿El problema es entonces económico o político? Las dos cuestiones deben ser modificadas integral y simultáneamente. A un tipo de sistema político le corresponde un tipo de sistema económico y viceversa. A un sistema de corrupción política le corresponde un modelo de saqueo económico, tal cual sucedió en la etapa menemista. Si no se entiende esto, es imposible entender cómo funcionó la Argentina en la década anterior. La corrupción fue el elemento disciplinador que utilizó el poder para llevar adelante una modernización a la medida de determinados intereses nacionales y extranjeros. Por otro lado, el discurso de la antipolítica o el corrimiento de la política a la zona de la exclusión, hace que la democracia quede prisionera de las figuras salvadoras, de los tecnócratas y de quienes acumulan o poseen mayores recursos de poder económico.

La llegada de Cavallo al gobierno es ejemplificadora. Desde el interior del propio poder, se hizo todo lo posible para desgastar a la Alianza y debilitar el ala política crítica al proyecto de continuidad menemista. Luego, esa debilidad y la crisis de la política necesitaban ser reemplazadas por la figura de un Ministro de Economía que compensara esa debilidad. Era claro que si fracasaba Machinea no había ningún economista de los partidos de la Alianza que sintetizara la credibilidad de los mercados, junto con la confianza y acuerdos profundos con los partidos de la Alianza. Por eso, propuse después del blindaje la división del Ministerio de Economía en dos, uno de Hacienda y Finanzas y el otro de la Producción, Infraestructura e Inversiones. Esto, como ya he señalado, significaba dos beneficios: el primero, que alguien se ocupara exclusivamente y pusiera toda su energía en los aspectos vinculados a la competitividad y la producción, y por otro lado, se dejaba de depender de la figura de un ministro "salvador". Pero por el contrario, aun sabiendo que cualquier sucesor de Machinea era desaconsejable, se optó por un proceso que cualquiera podría anticipar cómo terminaría. López Murphy, representante de FIEL y cercano al CEMA, como era radical, era digerible para el partido; pero no así su política. Y así le fue con su abortado paquete de recorte del gasto. Y frente a la crisis de autoridad presidencial, el deterioro político y el fracaso del último economista radical posible, ¿qué quedaba?

Algunos mal intencionados me han querido atribuir a mí la llegada de Cavallo al gobierno. Miren ustedes si yo iba a tener el poder, desde el llano, desde afuera del gobierno, de incidir en esa decisión. Lo que yo anticipé fue un proceso lineal, casi inexorable, que estaba anticipado y no lo veía quién no quería verlo. Hicimos al menos un último esfuerzo, quizás equivocado, por reconstruir un centro de decisión política en el gobierno,

para amortiguar lo que se veía como la llegada no sólo de un ministro de Economía sino de un casi primer ministro. Porque a pocos se le podía escapar que Cavallo iba a pretender ocupar el lugar vacante de la autoridad política, no sólo el de la economía.

Cuando se ayudó desde el propio entorno del presidente y con su complicidad, a minar las bases del poder político de la Alianza, era ostensible que el giro hacia Cavallo era un punto de llegada inevitable. Por eso, hoy, una gran parte de la sociedad ya no mira a De La Rúa con expectativa, mira cómo le va a ir a Cavallo, que pretende llevar adelante un plan con cierto sesgo heterodoxo, para alimentar sus sueños presidenciales hacia el año 2003. Se volvió imposible pensar que se podía plantear algo parecido a lo que interpretó el proyecto de la Alianza en su conformación. Con Cavallo como Ministro, es evidente que lo que está en juego hoy es la supervivencia del gobierno, a partir de recuperar niveles aceptables de confianza y sacar a la economía de la recesión que ya lleva casi tres años y medio. Mi convicción es que la Alianza como proyecto político distinto ya ha fracasado, y esto hay que decirlo con todas las letras; sobre todo deben entenderlo aquellos que todavía se autoengañan proclamando rectificaciones que la reencuentren con su espíritu original.

Cuando señalo que una gran parte de la crisis es política, por política estoy entendiendo también valores, identidades y sentidos, es decir, le estoy dando a la política una connotación cultural. No nos olvidemos que el actual sistema de partidos funcionó en las últimas décadas junto a un cierto Estado de Bienestar. En nuestro país existía casi pleno empleo, no había exclusión social y la presencia del sindicalismo mejoraba sustancialmente el salario de manera directa e indirecta; la primera, a través de las negociaciones colectivas, y la segunda, desarrollando servicios sociales muy eficientes. No casualmente fuimos la sociedad más cohesionada de América latina. El antecedente del peronismo y la expansión de los sectores medios habían dado como resultado una importante movilidad social ascendente en un país con altos niveles de integración. Al margen de los cambios de época, el sistema político funciona como si conviviese con las condiciones y posibilidades de esa época casi dorada de la Argentina. De aquí, el actual desajuste que percibe la mayoría del pueblo entre una Argentina cada vez más pobre y desigual y un sistema político que en su accionar parece no dar cuenta del impacto de los fracasos y de la tremenda regresión que se viene sufriendo en todos los planos.

La crisis de valores o la crisis cultural no compete exclusivamente a la clase política, sino al conjunto de la sociedad. Éste es un país en que poco o nada se respeta la ley. Tuvimos clases dirigentes que fueron, a su turno, rentistas, prebendarias o de prácticas especulativas y con fortunas y posiciones de poder, que se obtenían en forma dudosa o en lapsos de tiempos sumamente reducidos. Un país en donde el éxito del aventurerismo se os-

tenta y en el cual el sacrificio o el esfuerzo es casi asimilable a una cultura de perdedores. Un país que protegió los delitos económicos en sus distintas formas, más aún durante las dictaduras militares. Esta Argentina del vale todo, anómica y con un poder perforado por los intereses particulares, se terminó imponiendo a la Argentina del culto al trabajo y de la valoración al esfuerzo, que fueron en parte, los valores sobre los cuales se erigió una parte de nuestra modernidad.

La sociedad de hoy es también un reflejo de estos valores en crisis. Por eso, es una verdad a medias sostener que la clase política es necesariamente producto de su tiempo y de su sociedad. Es una verdad relativa, porque también existen valores en tensión que no están reflejados en la política cotidiana. Como por ejemplo, heroísmos anónimos, fuertes compromisos sociales que no son visibles, acciones de solidaridad y conductas apegadas a principios, y sin embargo, esto no se traduce en las prácticas políticas dominantes. Los políticos honestos reclaman visibilidad, quedar afuera de la crítica social; que la gente sepa distinguir y no generalice. Demanda justa pero a la vez incorrecta, porque al no dar batalla contra las prácticas y contra los principales responsables de la degradación, están auspiciando la generalización. Porque no se le puede pedir a la gente que se convierta en especialista en diferenciar conductas partidarias, menos aún en un país en donde la mayoría de las personas tienen que hacer malabarismos para poder sobrevivir.

La Alianza ha perdido una gran oportunidad, y ahora es necesario que surjan nuevos actores políticos y sociales que tomen la posta e intenten reconstruir un horizonte pensando ya en el mediano plazo. Creo que la coyuntura y el corto plazo van a estar protagonizados de hecho por el Partido Justicialista. No existe en la agenda de los partidos un debate acerca de si es posible o no reconquistar una mayor centralidad para la política, y cómo lograr mayores márgenes de acción y de legitimidad social. La falta de ese debate acerca de la calidad de la política hace que las alternativas se reduzcan a su achicamiento, o a los gastos que insume, es decir, que el tema es abordado en clave fiscal sin dimensionar el objetivo central, que es su capacidad de liderar un proyecto. Por eso, suenan tan vacías las convocatorias a la unidad nacional o a los gobiernos compartidos. Porque la suma de políticos de distintos partidos no remite a una idea de acrecentamiento del poder o de recuperación de la confianza. La ausencia de proyecto hace percibir los acuerdos y los actos interpartidarios como mera suma de intereses particulares, antes que la unidad necesaria para darle consistencia a las posibilidades de transitar otro camino. No existe unidad nacional sin misión, sin proyecto. Al contrario, aquí se elogia la "responsabilidad" del sistema político, cuando la mayoría se pone de acuerdo para bajarle los sueldos a los jubilados, o se acompañan los ajustes acordados con los organismos financieros internacionales.

Sólo sería justificable desde un poder distinto al actual una convocatoria a la unidad si está llamada para acumular fuerzas, para hacerles pagar los mayores costos de las crisis a los grandes beneficiarios de la década del noventa; es decir, a los bancos, al sector financiero, a los especuladores y a las empresas privatizadas que todavía usufructúan mercados monopólicos u oligopólicos. Les pongo un ejemplo: desde los primeros días de gobierno, insistí en negociar con las empresas una baja en el precio de los servicios públicos privatizados, para, por un lado, mejorar los precios relativos, y por el otro, para que los usuarios y consumidores comenzaran a sentirse protegidos y defendidos. Por el contrario, desde otro sector del gobierno se insistía en que esos sectores eran los únicos que podían liderar un proceso intensivo de inversiones. Como ustedes pueden ver, dos visiones casi antagónicas: una, la que planteaba hacer eficiente la regulación demandada socialmente, y la otra, la que se impuso, la de la continuidad, que esperaba que la confianza de los beneficiarios de los mayores niveles de rentabilidad ayudarían a restablecer el círculo virtuoso de la inversión y del crecimiento; cosa que hasta ahora no ocurrió.

Con respecto a otras intervenciones en este Seminario, tengo que decir que es cierto que el poder puede tender a generar conductas adaptativas, "statuquistas". Esto sucedió en nuestra propia fuerza política, que fue perdiendo no sólo la perspectiva crítica, sino que en muchos casos fue cayendo en los mismos vicios que cuestionábamos cuando éramos oposición. Es interesante también la interpelación acerca de si la decadencia del Frepaso no fue consecuencia de su escasa organización o del alto nivel de personalización de su política, estimulado a través de los medios de comunicación. Es bueno y necesario que se reabra un debate acerca de cómo se construye una fuerza distinta al bipartidismo tradicional.

Subyace en las críticas una idea de partido casi tradicional que hoy es imposible conformar desde el llano. Una organización cuasi cerrada de cuadros, que sin apresurarse en los tiempos logre ir consolidándose poco a poco. Un dilema entre el viejo modelo de los partidos burocráticos de masas, ahora sin masas, o convertirse en una mera agencia electoral con posibilidades de competir en el mercado político. El otro gran problema es hoy, frente a la crisis de las estructuras, el de la referenciación de la política ¿Puede existir hoy una fuerza política sin figuras con conocimiento y ascendiente en la sociedad?; planteado de otro modo: ¿Es posible una referenciación colectiva o la construcción de una identidad, a través de posiciones políticas, secundarizando la importancia de las referencias públicas?

De los dos temas planteados, el de la organización y el de las referencias, ambos requieren aproximarnos a un punto intermedio. En el primer caso, yo insisto en que la construcción de una fuerza nueva y distinta tiene que tener un sesgo de apertura fuerte, porque no se puede cerrar prematu-

ramente un partido nacional, en el cual la irrepresentatividad de sus dirigentes es la nota dominante en muchas de las provincias del interior del país y en donde se hace muy difícil competir con las máquinas electorales, las prácticas clientelísticas y partidos con mucha tradición e importante inserción social. El dilema de cómo se avanza en la conformación de representatividades capaces de constituir alternativas a lo tradicional, todavía es un problema no resuelto. Luego, es cierto que hubiésemos necesitado mayores grados de organización, pero no tal cual se la reclama de posiciones similares a las viejas tradiciones partidarias de izquierda, donde el partido o el aparatito se van convirtiendo en un fin en sí mismo.

Respecto al tema de los liderazgos, es relativamente cierto que un espacio nuevo puede quedar muy condicionado por las limitaciones o los errores de quienes lo conducen. Pero también soy sincero y quiero transmitirles mi escepticismo respecto a la capacidad y vocación de la mayoría de los dirigentes del autodenominado espacio progresista, para armar un colectivo que sea más importante que las aspiraciones o las ambiciones individuales. La personalización de la política es uno de los datos insoslayables de estos tiempos. Esto debería poder convivir con una organización abierta, no sectaria, sensible a las novedades y a la innovación, con capacidad de intervención en los temas estratégicos y sin antagonizar con trabajar para el mediano plazo, y al mismo tiempo ser competitivos en cada coyuntura electoral. El gran problema que yo percibo hoy es la ausencia de nuevos sujetos que puedan emerger de la actual crisis, tanto desde el punto de vista político como desde lo social. Es evidente que no se pueden esperar "salvadores" aun cuando sean democráticos, porque nadie individualmente va a poder acumular los recursos políticos suficientes para poder ser una opción en el cortísimo plazo. Tampoco existe un recambio importante en las dirigencias sindicales, ni actores sociales que, liderando situaciones de crisis, puedan despertar expectativas más allá de lo sectorial.

Por lo anterior, lo que veo para la centro izquierda es un proceso de construcción y de reconstrucción de mediano plazo, que no comienza de cero, que puede aprender de nuestros errores, y que se encuentra con un enorme vacío social y de representatividad, que mejora las condiciones de posibilidad respecto a otros momentos en donde el bipartidismo estaba muy fuerte y ocupaba casi todo el escenario político. Nadie puede pensar que el progresismo hoy pueda imponer su propia visión de salida a la crisis. Es probable que las propias fisuras en los sectores que deciden y la profundidad de la propia crisis abran opciones como, por ejemplo, la reprogramación del pago de la deuda. Pero dichas opciones siempre van a estar sesgadas hacia la resolución del tema fiscal, más que a ser parte de una estrategia integral de crecimiento y de empleo. Por un lado, tenemos que aspirar a que la Argentina pueda salir de esta agotadora recesión y,

por el otro, saber que tenemos que ir planteando una nueva opción a mediano plazo. Soy consciente de que esta opción no la podemos protagonizar quienes estuvimos en la primera línea de la experiencia aliancista.

A partir de esto, sólo me queda ayudar en lo que pueda y desear que no hayan sido en vano tantos años de esfuerzo, para que el país pueda contar con otras propuestas distintas a las tradicionales. Lo importante es que prime el sentido de proyecto, por sobre la guerra de posicionamientos o de candidaturas prematuras, y que no se retroceda a la fragmentación y dispersión de lo que supo estar unido por una política. Yo pude haber cometido muchos errores, pero nunca tuve una visión mesiánica ni autocentrada de la construcción, por eso hoy existen aún en la crisis, otras figuras en el Frepaso que gestionan espacios importantes. Esto no fue producto de la casualidad o del azar, sino de un camino que siempre lo pensé abierto y que requería de más dirigentes representativos, puesto que un proyecto que pretende ser perdurable en el tiempo, no puede depender de los aciertos de dos o tres figuras.

Construcción política y social, liderazgos múltiples, transversalidad de las ideas y propuestas, posiciones económicas alternativas pero sólidas, formación de equipos, pensamiento estratégico y una fuerte recusación a las lógicas corporativas que hoy dominan la política partidaria, creo que son algunos de los prerrequisitos para la formulación de un espacio y una política diferente.

Por último, algo que nosotros no pudimos lograr y transformar en cultura; que una fuerza nueva y distinta hiciese hincapié en gobernar la mayor cantidad de espacios locales, con una impronta diferenciadora que refuerce las señas de identidad y legitime las posiciones, que ya no provienen de la sola resistencia, sino de quienes también tienen responsabilidades de gobierno. Esto también permite darle a las coyunturas electorales un menor sentido de urgencia, y va consolidando una identidad. Es una tarea difícil, porque son pocos los que creen en el planeamiento estratégico y tienen vocación para trabajar por sobre las coyunturas. Pero es imprescindible contar con dirigentes que no sólo sepan ser buenos opositores sino también tengan un compromiso con la gestión.

PREGUNTAS Y COMENTARIOS

Pregunta: Lilita Carrió no se fue del radicalismo, ella tiene su estructura partidaria más allá de que haya hecho una especie de renovación y cambio. Por otra parte, yo no sé si mis hipótesis de conflicto son a veces muy exageradas; estoy viendo una cosa que no me gusta: la profundización de la recesión por un lado, de la mano de Cavallo y con la complicidad del Gobierno, y además, la reducción de la política, que me suena a que los

trenes no van a andar bien si no se privatizan ¿No es un sistema de pinzas que nos van a dejar colgados del pincel?

Respuesta: Creo muy importante acompañar la investigación que está llevando adelante la diputada Carrió, porque puede demostrar cómo se corresponden sistema político y sistema económico, y cómo la corrupción de uno permite los peores delitos del otro. Tener una radiografía más exacta de cómo funcionó el poder en los últimos quince años no es un dato menor. Pero lo trascendente va a ser cómo se va conformando lo cualitativamente distinto, porque es lógico que la sociedad exija cambios, pero también con garantías de gobernabilidad y contando con los suficientes recursos institucionales de poder. Lo que veo en mi análisis, quizás un poco lineal, es que cualquiera sea el desemboque de esta crisis —su superación o profundización— el protagonismo de los próximos años volverá a recaer en el justicialismo. Éste, como partido del orden, irá acumulando una mayoría institucional, y si bien no lo veo generando una gran esperanza será percibido como el mal menor; el partido que, aun con sus grandes zonas oscuras y sin un proyecto claro, “sabe” gobernar. Quiero ser sincero y decirles que no vislumbro en el corto plazo, la posibilidad de otra opción que ocupe el lugar dejado vacante por la Alianza, con capacidad de disputar el gobierno en el 2003. Quizás, ante la crisis tan larga y profunda, se podría decir que es muy prematuro pronosticar escenarios, que imaginados superficialmente parecen de ciencia ficción. En parte sí, pero no creo en el fin de todo y que espontáneamente o por carácter divino pueda surgir en ese tiempo una posibilidad que reúna todas las condiciones necesarias para ser visualizada como apta para gobernar el país.

Es importante el crecimiento de la figura de la diputada Carrió, pero de aquí en más queda un larguísimo camino por recorrer, sobre todo si se plantea una metodología distinta de construcción; ello requiere paciencia, tiempo, eficacia, junto a exhibir una capacidad de innovación política que habilite pensar no sólo en otro partido a la izquierda del bipartidismo como reemplazo del Frepaso, sino que impacte en la masa de argentinos desilusionados y poco predispuestos a involucrarse fácilmente.

El dilema es que cuanto más conflictos y antagonismos se diagnostican, más poder hay que tener para enfrentarlos, y eso requiere, en democracia, de una perspectiva política estratégica que, como ya lo he señalado, tiene a mi entender dos desafíos: el primero, una fuerte convicción para producir un fenomenal cambio en las reglas e instituciones, y segundo, un modelo económico de crecimiento con inserción internacional de mediano y largo plazo. Y estos dos desafíos no implican una tarea para una sola persona, ni se resuelve conformando un partido más en el mercado de la competencia electoral. Hay que empezar a articular una red de coincidencias, una masa crítica que, por un lado, atraviese el sistema político y, por el otro,

sea capaz de incluir en términos de convocatoria y participación a quienes están por fuera de la política partidaria actual.

No hay hoy, a mi entender, una opción distinta solo haciendo recircular lo existente o reciclando los actores presentes. Algo así como otra Alianza. Si por fuera del justicialismo no se logra conjugar un sistema de prácticas diferenciadas muy nitidamente respecto a los códigos partidarios dominantes, todo lo que se conseguirá será armar un corralito más a la izquierda del bipartidismo, más o menos simpático para ciertos sectores progresistas, pero insuficiente para impactar en una parte significativa del pueblo.

El bipartidismo no va a desarmar sus aparatos, aunque una gran mayoría los deslegitime con su indiferencia o su bronca, y como esos aparatos demandan recursos que asocian a la política con el delito, es claro que poco se puede esperar de una toma de conciencia o sentido autocrítico de quienes apoyan su poder en el sistema que hay que modificar. Creo que lo primero para reconstruir una opción no coyuntural es ponerse de acuerdo en la necesidad de una ruptura a fondo con los actuales métodos de producción y acumulación de la política, se esté en el partido que sea; y luego, pensar cómo se va coordinando una acción en la que sea más beneficioso en términos de representación, ser parte de lo nuevo que continuar legalizando las actuales estructuras.

Si alguien cree que por tener un "romance" con la sociedad, reflejado circunstancialmente por las encuestas de opinión pública, va a tener capacidad de éxito en términos individuales, creo que está errando el camino. Cualquier crecimiento individual puede ser efímero si no logra poner en paralelo una masa crítica amplia, que pueda perforar el corazón del sistema político actual.

De la misma manera creo que ningún candidato "atractivo" puede ser alternativa si va colgado de estructuras fracasadas o de partidos que no demuestran ni voluntad ni capacidad para revisar sus prácticas. Para el pragmatismo sin límites y para representar la gobernabilidad sin escrúpulos, el país tiene al justicialismo, que en ese sentido no trata de aparentar nada; se presenta tal cual es. Tan es así que todos los presidenciables fueron grandes protagonistas de la década del noventa, y que el primer actor de esa etapa por ahora está preso. Esto, quizá, explica muchas cosas.

Comentario y pregunta: Yo me acuerdo que el día que renunciaste, dije que era un hecho muy importante y que a partir de tu renuncia iban a venir muchos cambios en la política. Que empezaba una nueva etapa. Sigo pensando lo mismo. Yo creo que fue un hecho fundamental. Este seminario fue excelente. Buena parte del seminario consistió en peguémonos al Chacho. Hay gente a la que vale más la pena pegarle que a vos, es fácil pegarle al árbol cuando está caído. Vos hacés un análisis, un diagnóstico,

una descripción, que yo coincido, creo que funciona así la política, que desde hace cuarenta y cinco años o más están funcionando muchas cosas de esa forma. Lo que yo veo es que vos hacés un análisis desapasionado y te situás, medís las posibilidades que tiene Lilita Carrió de construir una alternativa. Pero es como si vos te excluyeras. A vos, como actor político, te escuché diez años haciendo las denuncias en todos los noticieros, marchando en primera fila, supiste construir, eso te llevo a la vicepresidencia; errores o no, eso ya está superado, ya fue. De aquí en adelante, los tiempos políticos se acortan. Yo creo que estar especulando que si los medios, que si Lilita Carrió, que si le van a hacer trampa acá, toda esa ingeniería, veo que de golpe se viene el agua. Recordemos la semana pasada una reunión de los piqueteros, que son agentes sociales importantes, más allá de la manipulación que puede haber. Yo te pregunto, hay un problema sobre el que no te he escuchado hablar, sobre la deuda externa argentina y todo lo que gira alrededor ¿Qué escenario ves vos en la Argentina? Yo creo que de aquí a octubre hay muchísimo tiempo. Creo que se está prendiendo fuego el país ¿Cómo se sale de esto, adónde vamos y por qué vos te excluís?

Respuesta: En principio, me excluyo porque no quiero repetir las conductas de aquellos que tienen una cuota de responsabilidad en lo que pasó, y plantean que los problemas y las culpas los tienen los otros, "los de afuera". Yo asumo el grado de responsabilidad que me toca, no por la renuncia, sino por haber sido protagonista de una posibilidad que fracasó. Entonces, siento que tenés que ser más humilde y más prudente. A mí me da vergüenza ajena escuchar a prominentes dirigentes del radicalismo seguir hablando con verdades de a puño, como si a pesar del fracaso de su partido todavía puedan hablar desde la "verdad". Por eso hablé insistentemente de la necesidad del surgimiento de nuevos sujetos que puedan colectivamente liderar una etapa distinta.

Yo no sé si voy a volver a la política partidaria. Trataré de acompañar si hay un proyecto que valga la pena. Estar por estar, no me interesa; ni tampoco me interesa ser un improductivo profesional de la política, que confunde estar en una actividad noble, con una actividad para ganarse la vida holgadamente que, en general, y lo digo con dolor, es lo que hoy predomina. Pero, por supuesto, estoy dispuesto a ayudar, en un segundo plano, a quienes sientan que tienen un proyecto por lo menos cercano a lo que pienso. Como autocrítica, sostengo hoy que hay que partir de un núcleo de convicciones no negociable y, además, no ser sectarios. Pero si no existe una convicción firme acerca de lo que hay que hacer en el país, no vale la pena avanzar porque luego vienen las frustraciones, que es mucho peor.

Por otro lado, se puede participar en política desde muchos lugares; es paradójico que se vea a los partidos como poseedores del monopolio de la política, cuando atraviesan una crisis tan grande de legitimidad. Los parti-

dos tienen el monopolio de las candidaturas, pero no el de la política. Estamos como estamos, entre otras cosas, por la dificultad del surgimiento de otras voces y organizaciones más visibles para aportar y también ayudar a los cambios partidarios.

Respecto al problema de la renegociación de la deuda, creo que es central incorporarlo a la agenda. Esto quiere decir, cambiar las reglas de los noventa, y que la crisis la paguen también los especuladores, los que apostaron a la economía "casino" y quienes tuvieron ganancias superextraordinarias. Por otro lado, la moratoria de la deuda no la está planteando el "Frente de Liberación Nacional", sino analistas y académicos de Estados Unidos y economistas ultraconservadores, que aconsejan que ahora deben perder quienes fueron beneficiarios de grandes rentas especulativas. Era lógico que esto se planteara desde el inicio del gobierno, si hubiésemos venido a plantear un esquema diferente al modelo de la década menemista. Y lo nuevo debería haber sido jerarquizar lo productivo sobre lo financiero, defender los intereses de los sectores de bienes transables y poner énfasis en dar un salto en la competitividad y el crecimiento con empleo. Pero al colocar el tema fiscal como central y excluyente, se perdió tiempo y confianza, y al mismo tiempo se instaló el estilo de un presidente que no está a la altura de la crisis. Ahora es muy difícil, en plena debilidad, poder arrancar.

Comentario: En la Argentina siento que las soluciones han sido parciales y que hasta decantaban solas en los momentos de crisis. A la dictadura militar se respondió con democracia. A la crisis de la hiperinflación se respondió con estabilidad. Hoy, a una crisis de la política se responde recordando la política. Es interesante el tema de los valores para pensar esencialmente el sentido de las crisis en forma más amplia, y pensarlas como crisis de legitimidad, y hasta la oportunidad del momento o de la época de replantearse el pacto de asociación, porque me parece que eso está en el fondo de todo esto.

Respuesta: Lo que he querido explicar es aquella verdad que refiere a que la política es solo reflejo de la sociedad. Y es cierto que arrastramos una crisis cultural, que implica prácticas cuestionables en todos los niveles y diferentes comportamientos de la sociedad no ajustados a reglas, a un sistema de premios y castigos, y en un contexto donde el principio de igualdad ante la ley prácticamente no existe. Acordemos que acá existe un culto a la transgresión en el peor de los sentidos, y esto funcionó mientras éramos beneficiarios de cierto grado de bienestar. A casi nadie le molestaba el fastuoso modo de vida de los sindicalistas cuando había pleno empleo, pocos se conmovieron por cómo se hacían las cosas durante el menemismo porque había vuelto el crédito y había estabilidad. Al contrario,

Menem era el "vivo" que proyectaba sueños y fantasías de una gran parte de la sociedad. Casi nadie cuestionaba la asociación ilícita que dominaba las peores decisiones en el país. Tampoco llamaba la atención cómo algunos empresarios, adhiriendo al dogma liberal, vivían saqueando el Estado o dependían de él. O que los contadores más requeridos eran aquellos más hábiles para eludir o evadir el pago de impuestos. Ése es el país que ha estallado y el país que la Alianza tuvo la oportunidad de comenzar a cambiar y no quiso hacerlo.

Esto es lo que yo denomino crisis de valores, que sólo puede modificarse, en democracia, desde la política. Pero si ésta solo reproduce la crisis o lo peor de la sociedad, va a la zaga, no cumple un rol pedagógico y renuncia a liderar una etapa de transformación, en tanto no puede convivir la decadencia con recursos cada vez más escasos. Hay un sistema que se agotó, que intuyo es lo que diagnostica Carrió con la figura del fin del régimen. Pero un régimen no se cae, sino que se lo reemplaza por otro. Disiento con algunos políticos que, subestimando su propia función, esperan el cambio sólo desde otro programa económico, una especie de neodesarrollismo adecuado al nuevo siglo. Son los que creen que se puede reeditar un pacto social y que sólo se trata de alinear a algunos políticos, junto a la CGT y la UIA y ya se tendría un nuevo modelo. Una visión simplificadora de la crisis, del mismo tono que la de aquellos que creen que Cavallo pueda ser el rey Midas. Sigo creyendo que el lugar de la conducción lo ocupa la política. A muy pocos les puede asombrar el comportamiento de los sectores económicos que refleja el primer informe Carrió; lo que debe llamarnos la atención es cómo y por qué el sistema político permitió esas prácticas. Y es aquí donde de nuevo volvemos a que la responsabilidad de quienes se plantean liderar el gobierno y velar por el bien común es mayor a las de otros actores ¿O alguien puede creer que los delitos económicos van a desaparecer por una toma de conciencia de quienes los protagonizaron? Van a desaparecer si existe eficacia en el Estado, en las leyes, en el ejercicio de los controles y en las instituciones. Y en todos los casos, el tipo y la calidad de la dirigencia política que tenga el país es central.

Pregunta: Si sos consciente de la profundidad de lo que significa decir yo fracasé, doy un paso al costado. Porque mucha gente rescata algunas de tus actitudes políticas, pero la verdad es que la pelea en el Senado contra la corrupción, según entiende la gente común, es que Chacho es un buen dirigente, pero esa pelea la perdió. Eso genera un nivel de escepticismo que invita a que cualquiera empiece a construir otra alternativa. Si vos sos consciente cuando decís fracasamos y si no podés seguir aportando.

Respuesta: No soy fatalista respecto a que el Frepaso vaya necesariamente a morir. Para mí el fin no es un sello partidario, para mí lo impor-

tante es una política, la coherencia respecto a determinados principios y convicciones ¿Qué importancia tiene el Frepaso como partido o estructura? Lo necesario es que no se pierda todo lo bueno que se intentó hacer y que se sea capaz de una revisión crítica, porque si no se va a la dispersión, o a ser un apéndice menor del radicalismo, que es una forma de negar el para qué de su existencia política. Si no puede recuperar las razones más elementales de por qué se formó esta fuerza, reconociendo los errores y erradicando los vicios que se instalaron en su interior, ¿para quién es importante otro partido que sea más de lo mismo? Sólo para quienes puedan seguir enganchados a cualquier precio en el "sistema", es decir, proyectos individuales o grupales que no agregan nada, sino que, al contrario, contribuyen a afianzar la idea de que todo es igual.

Creo que muchas compañeras y compañeros del Frepaso son muy importantes para reconstruir un espacio más amplio con otros protagonistas, que permita retomar un camino. Creo visualizar que algunos dirigentes que llegan "alto" con poco esfuerzo, ya no tienen energías para comenzar de nuevo y prefieren ser socios de la decadencia, una suerte de profesionalismo de círculo que contradice definitivamente el sentido que tuvo el Frepaso. Por eso, más allá de que todavía exista la Alianza como estructura electoral, y que yo no haya incidido para abandonarla o quedarse en ella, no quiere decir que tenga futuro. El fracaso es palpable y creo que se va a expresar en las próximas elecciones. Al sello Alianza nadie va a querer utilizarlo después de octubre. Eso es lo que yo intuyo.